

Capitalismo y catástrofe

Ciro Mesa Moreno

Universidad de La Laguna, España

Resumen

Reproducimos aquí un texto de Ciro Mesa Moreno, autor de “Emancipación frustrada: sobre el concepto de historia en Marx”, publicado por la Universidad de La Laguna en España. En el comienzo del trabajo que ahora ponemos a disposición del lector – titulado “Capitalismo y catástrofe”-, Ciro Mesa aclara que no se refiere a la decadencia o al colapso de la sociedad capitalista. La indicación es metodológica porque su preocupación no es interpelar la “teoría del derrumbe” como agotamiento histórico del mundo del capital. Mesa se consagra en cambio a explicitar el aspecto catastrófico del capitalismo como elemento normal, estructural y permanente de su propia condición. Inclusive constitutiva, si nos atenemos a un examen cuidadoso del conocido capítulo sobre “La acumulación primitiva” de la obra magna de Marx, referido a los orígenes mismos de nuestra sociedad. Mesa se ocupa de hacernos ver, sin embargo, su inquietante actualidad. Y concluye: “si la liberación no es un destino, tampoco lo será la prolongación infinita de la catástrofe”. En este punto queda abierta la dimensión que el autor aclara de entrada que no abordará, pero a la que aporta ciertamente una visión plena de rigor e interés para la comprensión de nuestro tiempo.

El estado de excepción en el que vivimos: la regla

W. Benjamin

-I-

“Catástrofe” no indica aquí el colapso de la sociedad capitalista. Así entendido, el concepto resulta acrítico, apologético, ya que una teoría del derrumbe del capitalismo, aún a su pesar, proyecta sobre el proceso histórico un sentido del que carece. Para afilar críticamente el concepto se hace necesario referirlo al proceso de devastación de la tierra y los trabajadores que, según Marx, es inherente al funcionamiento “normal” de la sociedad capitalista (MEW, 23, 529 y s).¹ Así, “catástrofe” no señala el derrumbe del vigente sistema social, sino la maldición que el poder del capital, a través de su propia perpetuación, proyecta por la naturaleza externa e interna, la vida dañada de tantas maneras, la desposesión y aniquilación de etnias y culturas. No el desastre del capitalismo que colapsa, sino del mundo desolado por la valorización del valor.

Pensar así lo catastrófico requiere suspender la resonancia temporal que late en la palabra; suspender la referencia a sucesos que alteran repentinamente el curso regular de las cosas. Se trataría, más bien, de indicar el desastre como una característica estructural, permanente, sistémica, de la propia forma capitalista de mediación social. De pensar la catástrofe, como “el elemento vital del capitalismo” (Rosa Luxemburg). No el derrumbe final, ni las crisis que alteran la anómala normalidad de la acumulación, sino esa normalidad misma sería lo catastrófico. Como enseñó W. Benjamin, que la cosa siga igual, que todo siga su marcha, es la catástrofe (1982: 592).

La asociación de representación de la catástrofe con la cotidianidad del funcionamiento normal de la sociedad capitalista tiene un sentido crítico. Al dominio del capital le es inherente la peculiaridad de imponerse a través de constricciones impersonales, de prácticas e interrelaciones racionalizadas técnicamente por mediciones temporales abstractas.² De ahí que lo catastrófico de su funcionamiento cotidiano se naturalice y tienda a ocultarse en lo inaparente. Lo propiamente desastroso para el pensamiento crítico sería volverse ciego al espanto normalizado. Lo ocultado por esa naturalización —“ideológica” en sentido estricto— puede iluminarlo la noción crítica de catástrofe.

-II-

El vínculo entre capital y catástrofe está sellado desde el principio. Ciertamente, mientras el opio de la religión del progreso (Gramsci) mantenga adeptos, mientras se quiera fetichizar lo existente desde las pequeñas ventajas que algunos crean poder disfrutar hoy, será oportuno recordar, como Derrida en 1995, que “jamás [como ahora] la violencia, la desigualdad, la exclusión, la hambruna y, por tanto, la opresión económica han afectado a tantos seres humanos, en la historia de la tierra y de la humanidad” (1995: 99). Pero, junto a esto, habrá que recordar también que la catástrofe está instalada en el capitalismo desde el origen y como origen. Recordar que la “dislocación del mundo”

(MEW, 25, 513)³ tan notoria en el actual “turbo-capitalismo” de los mercados financieros globales no es una deriva excepcional o una desviación, sino algo inherente a la forma capitalista de mediación social. Esto es lo enseña la teoría sobre la acumulación originaria expuesta por Marx en el capítulo 24 de *El Capital*.

“Acumulación originaria” (MEW, 23, 741 y ss.) se refiere al proceso de formación del modo de producción capitalista. ¿Cómo pudo aparecer algo así sobre la tierra y entre los hombres? ¿Cómo llegó a ocurrir que los medios de vida y de producción, el dinero y las mercancías, se transformaran en valor que se valoriza, en “sujeto automático” del proceso social? A eso responde la teoría de la acumulación primigenia. Se trata de un concepto bifronte. Por una parte, sirve a la explicación de la génesis histórica de la modernidad capitalista y contiene una serie de referencias empíricas a cómo aconteció de facto esa génesis. Por otra parte, desde un horizonte más lógico-categorial, da cuenta de las condiciones de posibilidad en general del capitalismo. Junto a la narración de cómo surgió esa formación social en occidente y cómo desde ahí colonizó el planeta, Marx ofrece su visión de qué condiciones, imprescindibles para su establecimiento y continuidad, le son peculiares y características y, por tanto, determinan su concepto. La acumulación originaria abordada en el capítulo 24 de *El Capital* no sólo como un acontecimiento histórico, dado efectivamente en un tiempo y ya consumado, sino expuesta –desde aquella concreción, claro- en sus determinaciones formales.

Estas se resumen en los conceptos de separación, polarización y escisión (MEW, 23, 742). Separación entre los individuos –incluso del individuo consigo mismo, que ha de desdoblarse en trabajador y en propietario de la mercancía fuera de trabajo-; polarización entre capital y trabajo; escisión entre “los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo”, “entre productor y medios de producción”. Marx destaca una determinante fundamental de la acumulación originaria: que la capacidad humana de trabajar sea puesta socialmente como posesión particular que sólo puede ser productiva, efectiva, en el intercambio con el capital. Se trataría de la construcción histórica de una forma específica de individualidad humana: el particular “libre” como mero poseedor y enajenante “voluntario” de la mercancía fuerza de trabajo. Sin más vínculo, sin más propiedad ni atributo. En definitiva, según su concepto, la acumulación primigenia sería el proceso que da lugar a la formación en masa del trabajador asalariado.

-III-

¿Cómo criar un animal humano dispuesto a rendir trabajo a cambio de un salario? Marx da cuenta de la violencia espantosa que fue necesaria para llegar a ese resultado.⁴ Una historia de expropiación, despojo, expolio, caza del hombre por el hombre. Producir las masas como trabajadores “libres” en cuanto “pulidos” –pulidos por dentro y por fuera-, sojuzgados, necesitó: crear en Europa enormes masas de desposeídos y desplazados; “el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen [en América], la transformación de África en coto de caza de pieles-negras” (MEW, 23, 779). El parto del capitalismo fue terrible y doloroso, como lo sigue siendo en todas sus fronteras limítrofes. Y una vez acontecido, el desarrollo de la sociedad capitalista prolonga constantemente la fabricación de las masas trabajadoras que necesita, aunque sea a tra-

vés de formas de sojuzgamiento más anónimas. “Evoluciona” hacia formas de “subsunción real” bajo capital. En el mismo capítulo 24 escribe Marx:

No basta con que las condiciones de trabajo se presenten en un polo como capital y en el otro como hombres que no tienen nada que vender, salvo su fuerza de trabajo. Tampoco basta con obligarlos a que se vendan voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista se desarrolla una clase trabajadora que, por educación, tradición y hábito reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales, evidentes por sí mismas. La organización del proceso capitalista de producción desarrollado quebranta toda resistencia; la generación constante de una sobrepoblación relativa mantiene... el salario, dentro de carriles que convienen a las necesidades de valorización del capital; la coerción sorda de las relaciones económicas pone su sello a la dominación del capitalista sobre el obrero (MEW, 23, 765).

La formación de las masas como trabajadores asalariados es la determinación formal fundamental de la acumulación originaria, y el producto perfeccionado de ese mecanismo sería la humanidad obedientemente integrada en una totalidad sordamente disciplinaria.

Aunque el discurso de Marx haya puesto el acento en la descripción historiográfica, la acumulación originaria no debería interpretarse como un acontecimiento cumplido. La perspectiva puramente fáctica es aquí empobrecedora, ya que posterga lo que el concepto enseña sobre la estructura constitutiva de la sociedad capitalista. Si ese concepto, ateniéndonos a su determinación formal, indica la producción forzada de trabajo disponible para la valorización, ¿se refiere entonces a un hecho acontecido en un más o menos lejano “erese una vez”? ¿No será, más bien, una constante estructurante del capitalismo? Así leído, el concepto de acumulación primigenia perfila la sociedad capitalista, desde sus orígenes y a lo largo de todo su desarrollo, como una totalidad esencialmente polarizadora y disciplinaria. La escisión primigenia se revela desde esa perspectiva como un proceso necesario, que no puede cesar mientras dure el capitalismo, que a ninguna generación se le ahorra.

En este punto aflora de nuevo la tensión entre lo analítico y lo empírico, tan característica del discurso de Marx. Que bajo determinadas condiciones puedan darse formas de socialización menos coactivas en cuanto a la violencia directa, que la presión sorda e interiorizada pueda sustituir al látigo, que se den situaciones específicas en las que la posición del trabajo no parezca tan desventajosa en el conflicto con el capital, que la economía capitalista se muestre capaz de satisfacer eficientemente algunas necesidades,⁵ nada de esto desmiente la tendencia general a la polarización como determinante fundamental del capitalismo. Si en una época ya lejana, la era “dorada” (para algunos) del taylorismo (W. F. Haug), aún fue posible señalar situaciones objetivas que parecían desmentir en determinados territorios la pauperización de los trabajadores y su depotenciación frente a la acumulación gigantesca, la más crasa empirie confirma terriblemente que hoy –al igual que en las fases iniciales del capitalismo– las masas desposeídas son condición sistémica de la valorización del valor.⁶ Tampoco, por lo demás, la historia real de depredación, fraude y violencia propios de la acumulación originaria debe interpretarse como concluida, archivada bajo el rubro “pasado”, relegada retroproyectivamente a un “estado primitivo”, ya no vigente o “exterior” a la actual sociedad capitalista. Las prácticas sangrientas de la acumulación se alargan de múltiples formas a lo largo de la geografía histórica del capital (David Harvey). La propia ley de la acumulación provo-

ca que la desposesión violenta que hizo posible la génesis del capitalismo tenga que repetirse y ampliarse constantemente para que su motor no se detenga. Y las víctimas no paran de amontonarse.

-IV-

El trabajador despojado, disponible para el capital, pudo llegar a formarse en la modernidad occidental en virtud del concurso decisivo del Estado. El capítulo 24 de *El Capital* describe cómo la apropiación clasista de su violencia concentrada y su aparato legal y punitivo promovió de hecho la transición al capitalismo. En el relato de Marx se pueden distinguir dos formas de participación del Estado. Primero, desde la perspectiva de la intervención activa, su poder fue utilizado para expoliar a los pequeños propietarios, para obligar al trabajo forzoso (leyes contra el vagabundeo, la vagancia, la mendicidad), para alargar la jornada laboral, para limitar los salarios. Pero allí donde se convierte en una herramienta más eficazmente impulsora de la acumulación originaria sería, paradójicamente, a través de un mecanismo donde su acción es más bien pasiva: el sistema de crédito público, el endeudamiento. Marx escribe:

La deuda pública se convierte en una de las palancas más efectivas de la acumulación originaria. Como con un toque de varita mágica, infunde virtud generadora al dinero improductivo y lo transforma en capital, sin que para ello el mismo tenga que exponerse necesariamente a las molestias y riesgos inseparables de la inversión industrial e incluso de la usuraria. En realidad, los acreedores del Estado no dan nada, pues la suma prestada se convierte en títulos de deuda, fácilmente transferibles, que en sus manos continúan funcionando como si fueran la misma suma de dinero en efectivo. Pero aun prescindiendo de la clase de rentistas ociosos así creada y de la riqueza improvisada de los financistas..., la deuda pública ha dado impulso a las sociedades por acciones, al comercio de toda suerte de papeles negociables, especulaciones fraudulentas (agio), en una palabra, al juego de la bolsa y a la moderna bancocracia (MEW, 23, 782 y s.).

La deuda pública crea, pues, las condiciones para la acumulación que hace posible la mediación social capitalista. Según Marx, el sistema crediticio propició la concentración de capitales que caracteriza al nuevo modo de producción. “Con la producción capitalista”, escribe en el capítulo 23 de *El Capital*, “se forma un poder totalmente nuevo, el crédito. Éste no sólo se convierte en un arma nueva y poderosa en la lucha competitiva. Mediante hilos invisibles, atrae hacia las manos de capitalistas individuales o asociados los medios dinerarios que, en masas mayores o menores, están dispersos por la superficie de la sociedad. Se trata de la máquina específica para la concentración de los capitales” (MEW, 23, 655). Ahora bien, en el caso del endeudamiento público, ese proceso económico se redobra de una dimensión política, “pedagógica”, disciplinaria: el Estado, apropiado y subsumido bajo el capital, es aplicado a la formación de trabajo disponible para el plusvalor.

A través del Estado deudor, el capitalismo pone desde su origen la financiarización de la economía que según Rudolph Hilferding (1910) debríamos interpretar como el signo de su forma postliberal.⁷ El Estado no sólo impulsa la bancocracia –la de entonces y la de ahora–, sino que hace posible –como garante último– el “dinero crediticio”, el dinero bancario, arquetipo del capital ficticio. Marx enseña que lo ficcional de la economía

financiera conforma desde el principio –y como principio- la sociedad capitalista. En el origen mismo del capitalismo se infiltra, a través del Estado deudor, lo especulativo, la fantasmagoría, una amalgama de encantamientos hecha cotidianidad (MEW, 25, 835), la generación inevitable de “burbujas” financieras y crediticias, la necesidad de crisis violentas y destructivas, con la consabida consecuencia de la inseguridad general, de la dependencia e indefensión constantes.

Formalmente, la deuda pública no es otra cosa, según Marx, que el medio para “la de enajenación del Estado”, para su apropiación por una parte de la sociedad. El Estado, deudor y de-vengador de intereses, tendrá que regular la mediación social en “interés” del capital: el plusvalor como razón de estado. Y el interés objetivo del capital por apropiarse de la violencia colectiva como medio de dominación del trabajo se traducirá en la preservación de la relación de endeudamiento público. El mantenimiento de las relaciones de poder prolonga el endeudamiento, y viceversa. Así, inherente al capitalismo será una deuda no liquidable, impagable. Que todos seamos deudos de un prestatario (los “capitales”) más o menos despótico, pero siempre ubicuo.

¿Cómo fabricar un animal dispuesto al trabajo valorizador del valor? Se le hacen contraer (directa o indirectamente, consciente o inconscientemente) créditos que generan intereses que generan intereses. Que sólo ya con socializarse se haga deudor de un capital inamortizable; de una culpa imperdonable. Se le ata con la cadena nunca rompible de la deuda. Y, con ella, su acompañante inevitable y no menos apremiante: los impuestos que gravan a las masas trabajadoras. Y “gravar” aquí significa sojuzgar, someter y disponer para el capital -sentido último del sistema impositivo. Marx escribe:

El sistema fiscal moderno, cuyo puntal está constituido por los impuestos sobre los medios de subsistencia más imprescindibles (y, en consecuencia, por el encarecimiento de los mismos), lleva en sí, por tanto, el germen de su progresión automática. La sobrecarga de impuestos no es, pues, un incidente, sino antes bien un principio. De ahí que en Holanda, donde este sistema se aplicó por vez primera, el gran patriota de Witt lo celebrara en sus máximas como el mejor sistema para hacer del asalariado un individuo sumiso, frugal, industrioso y... abrumado de trabajo (MEW, 23, 784).

La catástrofe de la deuda –el Estado deudor y los impuestos- asola a los individuos eternizando las relaciones de dominio capitalistas. Marx recurre en varios momentos a la retórica teológica para indicar ese efecto. Así, por ejemplo, se refiere al crédito estatal como el “credo” del capitalismo, y al endeudamiento público, como “pecado contra el Espíritu Santo, para el que no hay perdón alguno”.⁸ La metáfora del pecado imperdonable, de una culpa sin redención posible, remite a la representación de un estado perpetuo de endeudamiento insalvable, un estado de impotencia desoladora sin redención ni esperanza. Catástrofe: la humanidad que se arrastra culpable y sometida bajo el peso de la deuda.

-V-

La representación del capitalismo como una socialización estatalizada a través de la deuda sin fin indica una situación en la que a los individuos atomizados nos restan en principio pocas posibilidades de resistencia efectiva. Ciertamente, las experiencias

recientes muestran el enorme poder disciplinador de la deuda, la inmensa desproporción entre, por un lado, el poder de los capitales enseñoreados de los mecanismos del Estado y, por otro, el de los penitentes.

En el fragmento de 1921 “Capitalismo como religión”, Walter Benjamin intuyó la culpabilización infinita, universal, como resultado del culto permanente al capital que marca la modernidad. El fragmento profetiza “un estado mundial de desesperación”, caracterizado por la ausencia de salidas.⁹ Tal vez esa vivencia de cerrazón, impotencia e indefensión sea una parte determinante de la experiencia actual de la catástrofe. Benjamin describió esos fenómenos a través de una metáfora astrológica: el “tránsito del planeta humano por la casa de la desesperación en la absoluta soledad de su trayecto”. La imagen, de indudable plasticidad, resulta inequívocamente determinista. Frente a esto, el marxismo se caracterizaría por enfocar tanto la desesperación cuanto la vivencia de una ausencia de salidas como fenómenos histórico-sociales específicos. El mismo Benjamin llamaría la atención sobre el potencial crítico de la desesperación. Un aspecto fundamental del análisis por Marx de la acumulación originaria es que nos muestra al capitalismo como algo que ha llegado a ser en determinadas condiciones. La necesidad de la catástrofe no sería ontológica, sino histórica, relativa a una determinada forma de sociedad humana. Lo más irrenunciable de la herencia marxiana me parece su escepticismo crítico frente a todo intento de clausurar la historicidad irreductible. No sabemos, no podemos realmente saber qué espera a hombres, cuya historia no tiene la forma de los movimientos planetarios, ni siquiera el del tránsito que los conduzca por la casa de la redención (ver Muñoz, 2010: 47). Pero si la liberación no es un destino, tampoco lo será la prolongación infinita de la catástrofe.

Notas

1 Vid. las palabras que cierran el impresionante capítulo 13 de *El Capital*: “La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y combinación del proceso de producción social minando a la vez la fuente de toda riqueza: la tierra y los trabajadores”. En este artículo los textos de Marx se citan por las Marx-Engels Werke (MEW).

2 Moishe Postone ha insistido reiteradamente en ese aspecto como determinante fundamental de lo que denomina “teoría crítica de Marx”.

3 En esa página, leemos: “Es totalmente maravilloso como en el cambio crediticio del mercado de dinero todas las categorías de la economía política ganan otro sentido y otra forma. Floating capital es allí la expresión para circulating capital, lo que es naturalmente algo completamente diferente, y money es capital, y bullion es capital; y billetes de banco son circulation, y capital es a commodity, y deudas son commodities, y fixed capital es dinero que está invertido en papeles difícilmente vendibles”. Estas retorsiones del significado “normal” de los términos de la economía política habría que interpretarlas, me parece, no como un problema del capital financiero, sino como un indicio de las dificultades de la propia economía política para pensar el papel de los mercados de dinero, de deuda y de capital ficticio en la lógica general de la valorización y la acumulación. Incluso en análisis muy significativos de la crisis actual (p. ej., E. Altvater: “Die Finanzkrise –mehr als ein Weltmarktsungewitter”, en *Das Argument*, n° 278, 2008, pp. 490 y ss.) subsisten distinciones poco mediadas entre el capital productivo y el financiero, distinciones cuyo fundamento es valorativo, lo que sólo entorpece el entendimiento de los procesos reales: como si la especulación financiera fuera algo exterior, adosado y sobrevenido, a la llamada “economía real”, y no ya algo constitutivo desde el principio del modo de producción capitalista. Estas confusiones se infiltran en el pensamiento que cree en la posibilidad de superar las crisis a través de una especie de policía de los mercados financieros, como si el Estado en su forma actual -o las asociaciones internacionales de agencias estatales- pudieran ser neutrales respecto al proceso de apropiación capitalista.

4 La formación de la mercancía “fuerza de trabajo” resultó, como indica Marx en el capítulo 4 de *El Capital*, de toda una historia universal. Es fácil imaginar que –incluso ya en el plano meramente subjetivo- no debió ser escasa la cantidad de operaciones, puniciones, sacrificios y castigos que habrán sido necesarias ejercer sobre la naturaleza externa e interna para lograr fabricar al trabajador moderno, esto es, de entrada, el doblamiento en el “trato” con uno mismo del “uno mismo” ya como objeto mercantil (fuerza-de-trabajo), ya como propietario y agente intercambiador de la misma.

5 Vid. la interesante discusión de 1942 sobre la “pint of milk” que se encuentra en Horkheimer (1985, 72 y ss.)

6 Para poner eso en datos, vid. Fernández Liria y Alegre Zahonero (2010: 58 y ss.).

7 En el mismo capítulo 24 de *El Capital*, escribe Marx: “Desde su origen, los grandes bancos, engalanados con rótulos nacionales, no eran otra cosa que sociedades de especuladores privados que se establecían a la vera de los gobiernos y estaban en condiciones, gracias a los privilegios obtenidos, de prestarles dinero... Por la misma época en que Inglaterra dejó de quemar brujas, comenzó a colgar a los falsificadores de billetes de banco. En las obras de esa época, por ejemplo en las de Bolingbroke, puede apreciarse claramente el efecto que produjo en los contemporáneos la aparición súbita de esa laya de bancócratas, financistas, rentistas, corredores, stock-jobbers y tiburones de la bolsa” (MEW, 23, 783)

8 “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mateo, XII, 31).

9 Walter Benjamin, “Kapitalismus als Religion” En: *Gesammelte Schriften*, Suhrkamp, Fráncfort, T. VI, pp. 100 – 102.

Referencias

Benjamin (1982) *Gesammelte Schriften*, T.V, Francfort, Suhrkamp.

Fernández Liria, C. y L. Alegre Zahonero (2010) *El orden de El Capital*, Madrid: Akal.

Horkheimer, Mark (1985) *Gesammelte Schriften*, T. 12, Fisher, Fráncfort.

Muñoz, Jacobo (2010) *Filosofía de la historia. Origen y desarrollo de la conciencia histórica*. Madrid: Biblioteca Nueva.